

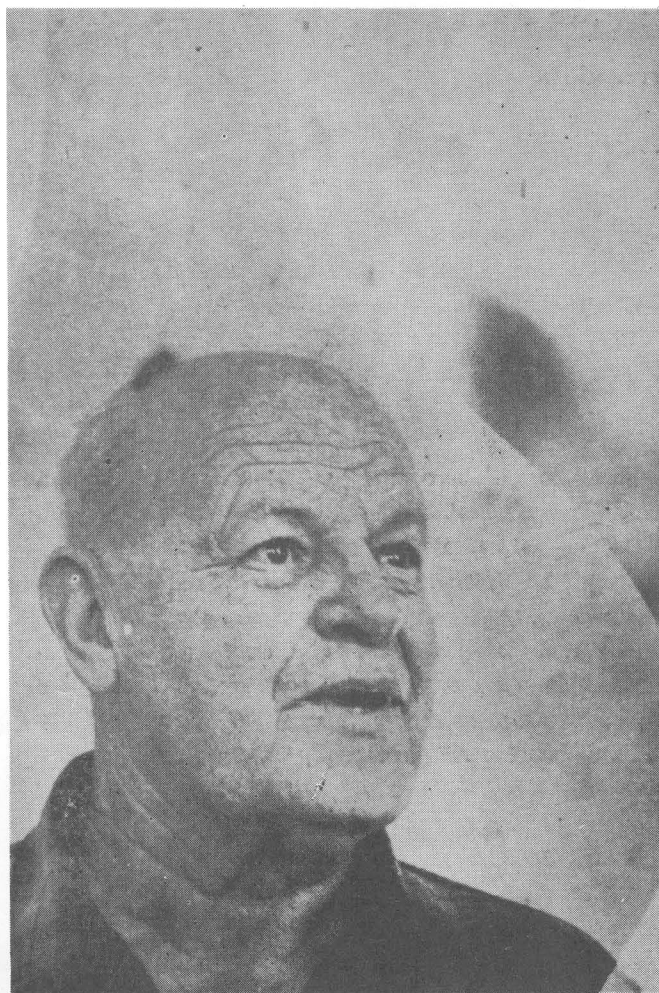
En la muerte de EDUARDO GREGORIO

La muerte de Eduardo Gregorio viene a sumarse a las aterradoras pérdidas humanas que la cultura canaria ha experimentado en los últimos cinco años. Juan Guillermo, Antonio Padrón, Claudio de la Torre, Manolo Millares, Saulo Torón, Fernando González, Plácido Fleitas, etc. son algunos de los artistas y escritores fallecidos en este lustro. Unos han muerto al filo mismo de su espléndida madurez (Millares o Padrón); otros (González o Torón), habían cerrado ya el ciclo de su obra, pero su permanencia física entre nosotros cumplía una función de magisterio; de eficaz enlace con las generaciones que nos han precedido en el acontecer artístico y literario de las islas.

Eduardo Gregorio había nacido en Las Palmas, en 1903. Había cumplido ya los setenta años, edad que le había permitido construir una obra dilatada. Sin embargo, son pocas las muestras de esa obra que pueden encontrarse en las islas. Fuera de ellas desde 1947, su residencia en diversos países (Marruecos y Venezuela, principalmente) ha condicionado que casi todo su trabajo de madurez esté desperdigado en colecciones particulares y museos extranjeros.

Desde su regreso a Gran Canaria, fue la cerámica la actividad que más tiempo le ocupó. Según sus propias palabras, con esa labor quería perpetuar una tradición que arranca de los primitivos habitantes de las islas. En el taller de Zurbarán que la Caja de Ahorros le proporcionara, Gregorio trabajó intensamente en los últimos años, logrando bellísimas piezas, plenas de color y armonía, cuya última exhibición pública tuvo lugar en la Sala Tahor, en Junio pasado.

Durante este tiempo también elaboró diversas piezas escultóricas en alabastro; posiblemente, su obra más importante en esos años fue el Cristo, tallado directamente en madera, que preside el altar mayor de la Iglesia de Zárate.



Pese a los numerosos premios y distinciones que Gregorio obtuvo en los países donde residió, su obra no es muy conocida en España, ni siquiera en su ciudad natal. Parece necesario, pues, que se emprenda alguna acción que conduzca a que esa obra sea difundida. La edición de una monografía sobre el escultor, y la realización pública de varios de sus trabajos -de los que hay maqueta- serían los primeros pasos que nos llevarían a incorporar al caudal vivo de nuestra cultura la obra hermosa y bien hecha de Eduardo Gregorio.

Ineludible compromiso:
difundir el conocimiento
de su obra